sulten de vuestra tardanza, que ya excede á todo límite prudente.—MAXIMILIANO" (1).

Por fin, al llegar el 10 de mayo, el hambre había hecho tales estragos en el ejército y la población, que ya se hizo imposible á costa de tan grandes sacrificios prolongar la defensa de la plaza, tan sólo para esperar que el traidor la socorriese con nuevos auxilios y poner término á los males que había causado con su conducta. En presencia de semejante situación, el Emperador, de acuerdo con Miramón y Arellano, resolvió intentar el último recurso, y en verdad supremo, cual era el de romper el sitio y abandonar Querétaro. Esta determinación se tomó, teniendo la certeza de que Márquez, después de cincuenta y cuatro días, ya no iría á socorrer á los sitiados.

(1) Esta carta fué redactada por Arellano y, conforme á la voluntad del Emperador, traducida á la clave convenida, por su secretario D. Luis Blasio.

XVIII.

El general Mejía promete armar al pueblo de Querétaro, y se trasfiere por esto el rompimiento del sitio para dentro de tres días.—El Emperador pide á los generales comandantes de las tres armas una relación acerca del estado de la plaza.—Hace constar la conducta del general Márquez y la responsabilidad que ha caído sobre él.—Se hacen preparativos para salir el 14 de mayo.—Petición de Méndez.—Traición de López.—Parte que en la traición tomó el tránsfuga Velez.—El Emperador señala á Márquez como al principal traidor.

A las grandes dificultades con que luchaba el ejército imperial por la traición de Márquez, se agregaron otras después debidas á las circunstancias. Una de las principales fué el deseo secreto que tenían los generales Mejía, Méndez y otros de capitular con los republicanos.

Mejía permaneció la mayor parte del tiempo que duró el sitio, encerrado en una casa, por motivo de la enfermedad que le aquejaba; Méndez también hizo lo mismo, pero, sin embargo, tomó parte hasta el 27 de abril en las principales acciones que se dieron durante el asedio.

Tan luego como el general Mejía supo la resolución que se había tomado para terminar la defensa de la plaza, se presentó al Emperador,

declarándole que ya estaba restablecido de sus males, y le ofreció levantar 8,000 hombres del pueblo en el espacio de veinticuatro horas, si se prescindía de la idea de abandonar Querétaro. Los ofrecimientos de este general fueron hasta asegurar que las tropas que él intentaba reclutar se presentarían armadas. Mejía, es cierto que tenía grande popularidad en la ciudad sitiada, y por esto no se dudó un solo instante que pudiese armar, si no en el número de combatientes que él prometía, sí, por lo menos, dos ó tres mil, que bastarían para cubrir la línea de defensa, mientras que todas las tropas imperiales emprendían un ataque decisivo contra los sitiadores. No se creyó, por supuesto, que el pueblo se presentase armado; pero existían depositados en los almacenes 900 mosquetes de la caballería que hacía el servicio de infantería en las trincheras, y 1,500 fusiles repuestos, y cuya existencia de armamento provenía del inservible que poseía la plaza desde antes del sitio, de los numerosos soldados del ejército imperial puestos fuera de combate y de los tomados al enemigo. Se aceptó, por consiguiente, la propuesta de Mejía, y la salida que el Emperador había resuelto ejecutar el 12 de mayo, se aplazó para más tarde.

Pasadas las 24 horas que el general Mejía había pedido para presentar sus miles de hombres, declaró este general que aun no le había sido posible completar el número prometido, pero que eficazmente se ocupaba en ello. Después de esperar otras 48 horas, respondió lo mismo, y el

14 de mayo declaró por fin que sólo le había sido posible reunir 160 hombres. Su objeto había sido detener á las tropas imperiales, por cuatro días, para imposibilitar su salida y obligarlas á capitular. Pero el Emperador, Miramón y Arellano, estando resueltos á no confiar en el enemigo, decidieron intentar la salida proyectada en la noche del mismo día.

La horrible traición del general Márquez iba por fin á consumarse: el ejército imperial iba á desaparecer á pesar de los sacrificios y de los heroicos esfuerzos que había hecho para hacer triunfar la causa que defendía.

En estos momentos solemnes, el Emperador quiso que la historia hiciese conocer algún día los esfuerzos y los sacrificios que la traición había esterilizado, y que el mundo entero supiese á quién había de hacer responsable de la ruina del Imperio y de los grandes intereses que representaba. Ordenó con este fin que los tres generales que tenían el mando del ejército y el nuevo jefe de Estado Mayor le diesen por escrito una relación sobre el estado en que se hallaba la plaza, y emitiesen su juicio acerca del partido que sería conveniente adoptar. En este documento que el Emperador estimaba más que su vida, los cuatro generales trazaron á grandes rasgos la historia de la defensa de Querétaro. Se consignaron en él las causas de la responsabilidad que el general Márquez tenía en el triste desenlace que se preparaba. Al firmar dicho documento, aun ignoraban Miramón, Mejía, Castillo y Arella-

no la conducta del traidor, desde su salida de la plaza. Los generales mencionados solamente conocían un hecho: *el de no haber socorrido á Querétaro durante los cincuenta y cuatro días que habían pasado, desde que salió de la ciudad sitiada con el fin de regresar llevándole recursos.*

Es necesario reproducir aquí algunos de los párrafos más importantes de esa relación, verdadero monumento levantado á la gloria del Emperador y de su ejército: en ella se encuentran confirmadas todas las acusaciones que en esta obra se han formulado contra la traición.

Al hablar de las primeras tentativas hechas para salvar al ejército de la terrible situación que guardaba en Querétaro, los generales decían:

"Para juzgar con exactitud acerca del estado en que actualmente nos encontramos, y resolver con acierto lo que convenga hacer, es de toda necesidad dirigir una mirada retrospectiva hacia los hechos anteriores al plan de operaciones trazado al ejército para afrontar la situación política y militar desde fin de febrero y principio de marzo.

"Los malos consejos dados por el jefe de Estado Mayor (1), desde que V. M. llegó á esta ciudad, y en los momentos en que el enemigo se

(1) Por orden del Emperador é invitados por los generales que habían de firmar la relación, nos encargamos de redactarla. Discutiendo su forma, en proyecto, la frase anotada y la que dice: "La tenaz oposición del general Márquez á todo proyecto de atacar al enemigo," fueron dictadas por el Emperador y escritas por nosotros.

decidió á tomar la iniciativa sobre nuestras tropas, permitieron á los juaristas efectuar sin grandes dificultades la concentración de sus fuerzas, medida que debíamos haber evitado á toda costa, batiéndolos en detal, al aproximarse á Querétaro.

"*La tenaz oposición del general Márquez á todo proyecto de atacar al enemigo*, influyó en que se despreciase la ocasión favorable que se presentaba para batir al enemigo con entera seguridad de haber obtenido un éxito feliz; tal vez de este ataque hubiera resultado nuestra salvación; mas por la oposición sistemática de no atacar, se originó la peligrosa situación actual y el ejército imperial se vió obligado á defenderse en esta plaza.

"Una vez adoptado el partido de la defensiva, y del cual había de resultar, como consecuencia necesaria, el sitio de esta ciudad, el primero de los dos jefes de Estado Mayor, que V. M. ha tenido á su servicio, no se ocupó en los preparativos que en casos semejantes prescribe el arte de la guerra. No se almacenaron víveres ni pasturas ni, como lo exigía la defensa de la plaza, se construyó una sola fortificación. Tampoco se hizo aprecio de colectar de las haciendas, que están situadas á 500 metros de Querétaro, las semillas que hubieran servido al ejército en su prolongada defensa, y que, por el contrario, supo utilizar el enemigo para estar bien abastecido."

Respecto á las consecuencias originadas por la conducta del general Márquez, á las resolucio-

nes de la junta de guerra de 20 de marzo y al objeto de la misión que llevó á México el autor de todas las desgracias del ejército, los cuatro generales se expresaban de la siguiente manera:

"Las faltas cometidas por el jefe de Estado Mayor hicieron que se considerase, desde el 20 de marzo, como insostenible la situación en que nos encontramos; caracteres débiles y pusilánimes llegaron hasta proponer á V. M. una retirada, y, en caso de verificarla, clavar la artillería y abandonar los trenes; las indicaciones en este sentido fueron mucho más allá, pues se quería que V. M. capitulase con el enemigo.

"La energía y la dignidad de V. M. y su heroica resolución por combatir en bien de la Nación, y su fe en el triunfo de una causa, que es la del orden social y de la independencia de México, le aconsejaron sometiera la cuestión al examen de un consejo de guerra, que se verificaría el mismo día 20 de marzo, con la mayor independencia, y en la ausencia de Vuestra Majestad.

"El consejo de guerra resolvió que se continuase la defensa de Querétaro con más vigor que antes; que se fortificara la plaza convenientemente; que se creasen los establecimientos de construcción y de reparación del material de guerra que había ofrecido improvisar el suscrito comandante general de artillería, con el objeto de que el ejército tuviera las municiones necesarias por mucho tiempo.

"También opinó el consejo de guerra porque se hiciesen frecuentes salidas contra el enemigo,

y muy particularmente, porque viniese de México un ejército auxiliar, abandonando la capital en caso necesario.

"Vuestra Majestad se dignó aprobar la opinión del referido consejo, y nombró al general Marquez, jefe del Estado Mayor entonces, lugarteniente del Imperio, investido de amplios poderes para obrar en México, á donde se dirigió el 22 de marzo, después de haber abandonado esta plaza con el general D. Santiago Vidaurri, nombrado Ministro de Hacienda y Presidente del gabinete, escoltado por 1,300 caballos *y encargado especialmente para regresar en auxilio de Querétaro con el mayor número de tropas que pudiera reunir.*"

A propósito del estado que guardaba la plaza, y de los medios que se emplearon para defenderla, cuando salió el traidor, los generales se expresaron de la manera siguiente:

"Cuando salió el general Márquez de esta plaza para regresar lo más pronto posible en auxilio de Querétaro, es decir, el 22 de marzo, muchas personas juzgaban perdida la situación y entre ellas el mismo general.

"Desde entonces la firmeza y el heroico valor de Vuestra Majestad, los trabajos del nuevo jefe de Estado Mayor general, respecto de la organización, la paga de las tropas y su manutención; los ataques del general comandante de la infantería, contra el enemigo, ataques que destruían parcialmente las fuerzas de este último, quitándole sus víveres y sus forrajes, sosteniendo la

moral, la disciplina y el entusiasmo de los defensores de la plaza; los trabajos del director de artillería, que durante el sitio han proporcionado la pólvora, los proyectiles, las municiones y las cápsulas, que tanto necesitaban las tropas; todos estos esfuerzos reunidos han conservado la situación y neutralizado los fatales resultados debidos á la imprevisión del primer jefe del Estado Mayor de Vuestra Majestad.

"El 20 de marzo, al decidirse el consejo de guerra porque se continuase la defensa de Querétaro; *y al confiar Vuestra Majestad, al generál Márquez, la importante misión de que regresara en auxilio de Querétaro*, se creyó que bastarían quince ó veinte días para dar feliz término á la grande cuestión que está por resolverse.

"*Parecía que el destino reservaba al general Márquez la gloriosa satisfacción de poner un tèrmino favorable al difícil estado de cosas que había creado él mismo;* mas no ha sido así por una fatalidad altamente deplorable.

"El ejército imperial, á cuya cabeza se encuentra el más noble de los soberanos, ha sostenido setenta días de sitio; *y desde hace cuarenta y cinco días esperamos con ansia el auxilio que deberá traernos el general Márquez* . . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

"Atacando audazmente al enemígo, trabajando sin cesar para proporcionar la paga á las tropas, extrayendo el salitre y carbonizando la madera

para hacer la pólvora, fundiendo las campanas para transformarlas en proyectiles de artillería, arrancando la cubierta del techo del teatro para convertirla en balas de fusil, fabricando las cápsulas con papel, reparando las piezas sin los instrumentos necesarios, faltando al soldado el pan, maíz, café, aguardiente y aun la leña para calentarse: he aquí cómo se ha sostenido la defensa de Querétaro más allá de los límites que las circunstancias habían marcado. Mas esta defensa heroica, la primera de este género, entre las que se han verificado en nuestro país, tenía un objeto exclusivo que no se ha obtenido: se esperaba el auxilio del general Márquez, en cuyas manos estaba la suerte de Vuestra Majestad, la del país, la del ejército, desde el momento en que recibió plenos poderes para salvar la situación que él mismo había creado.

"Los subscritos generales no llegarán al terreno de las justas acusaciones que creen poder formular contra el antiguo jefe de Estado Mayor general de Vuestra Majestad; la historia se encargará de esta ingratitud; más conviene al heroismo de Vuestra Majestad y del ejército, que se han sacrificado estérilmente en Querétaro, hacer conocer al mundo que, sin elementos de ninguna especie y después de haber perdido á sus mejores jefes, cinco mil soldados sostienen ahora esta plaza, después de un sitio de setenta días, establecido por treinta mil hombres que tienen á su disposición todos los elementos del país; *que en este largo tiempo han transcurrido*

cincuenta y cuatro días esperando en vano al general Márquez, quien debía regresar de México en el término de veinte días; y, en fin, que durante la defensa de Querétaro, el enemigo ha sido atacado frecuentemente por nuestras tropas, batido en sus propias posiciones, privado de la mitad del número de sus piezas de artillería y arrojado de nuestra extensa linea de defensa, de la cual no ha podido forzar, ni ocupar algunos de sus puntos.

"La falta absoluta de noticias del general Márquez, *que ni una sola comunicación ha enviado en cincuenta y cuatro días*, mientras que Vuestra Majestad ha recibido algunas de Irribarren, ministro del Interior, ha sumergido á Vuestra Majestad y al ejército en una terrible duda, desde el día en que salió este general de la plaza. *Ante el hecho de que no ha socorrido este general la plaza*, y teniendo en cuenta las declaraciones de los prisioneros hechos al enemigo, quienes aseguran que el general Márquez permanece aún en la capital, (lo que es indudable), ha llegado el momento de dar fin á una defensa materialmente imposible de sostenerse por más tiempo, pues que el ejército y el pueblo son presa del hambre que dentro de pocos días se hará sentir con todos sus horrores, aniquilando con un solo golpe la constancia de la población y la moral del soldado, debilitadas por la miseria, por el rigor de la estación de las aguas, que se han adelantado este año, y por las fatigas de toda especie que hemos vencido desde el 6 de marzo último.

"Vuestra Majestad y todo el ejército tienen derecho á la noble satisfacción de haber colocado muy alto el honor de las armas nacionales, dando al mundo el ejemplo de un heroismo poco común, de un heroismo capaz de las empresas más atrevidas, dirigidas por una voluntad enérgica y un sentimiento de verdadero patriotismo. La inmensa responsabilidad de los funestos acontecimientos que van á precipitarse sobre México es completamente extraña á Vuestra Majestad y á su constante y valiente ejército."

Terminaron los generales proponiendo al Emperador que atacaran resueltamente á los republicanos y abandonaran la plaza, si esta operación no producía el efecto que se deseaba.

Se designó la noche del 14 de mayo, para hacer un esfuerzo supremo en favor de la salvación común y de la causa sostenida por tantos medios tan extraordinarios como estériles. Se dieron algunas órdenes para la ejecución de este pensamiento militar de Miramón, y se había retirado de la línea de defensa una parte de la artillería, para establecer con ella una fuerte batería encargada de proteger la salida de las tropas; eran las ocho de la noche, y á las doce se debía hacer el movimiento, que pondría fin á una situación tan difícil como inevitable.

Detenido lo más posible el ejército por Mejía, le había llegado su turno á Mendez. El coronel Redonet y el general Castillo fueron sus agentes para obtener de Maximiliano y Miramón que difiriesen hasta el día siguiente la salida del ejérci-

to. Esperando que se presentara el traidor López, quien entonces se hallaba en el campo republicano, ocupado en la venta de la plaza, y quien había sido llamado varias veces por orden del Emperador; desde las nueve hasta las once de la noche, momento en que volvió (a), transcurrieron las horas necesarias para disponer la salida, que por fin se diferió hasta el día siguiente, según los deseos de Mendez, á quien apoyaba Castillo.

Después de haber convenido, á las once de la noche, todo lo que debía hacerse en la madrugada del 15, se despidió del Emperador de las personas que se encontraban á su lado. Algunos instantes después, él y los generales que habían

(a) Durante la ausencia del coronel López, en su alojamiento quedó el teniente coronel Antonio Yablousky, con orden de que dijera, cuando de parte del Emperador llamaran á aquél: "que había ido á donde ya sabía."

Félix de Salm, en su libro *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, dice en la página 167, después de referir que hubo un consejo de guerra en la noche del 14, á las diez, para tratar sobre el punto de ataque, al hacer la salida:

"Después que se habían retirado los generales, mandó el Emperador por López y le condecoró con la medalla al valor. A causa de qué ó por qué hechos, ha sido para mí un enigma."

Que en ese momento el Emperador y López trataban de la entrega de la plaza, no cabe duda; pues el mismísimo Salm afirma en su citado libro, página 158:

"Cuando me hallaba sentado escribiendo en el cuarto del Emperador, con su perrito "King Charles el Baby" sobre las piernas, entró López y en un rincón dijo algo al oído al Emperador." [*Nota de A. P.*]

asistido á esta última conferencia, tomaban algún descanso para prepararse á las fatigas del día siguiente, en el cual, de cualquiera manera, debían verificarse los acontecimientos más notables.

La traición del general Márquez tuvo entonces por complemento la de López, quien salió de la plaza segunda vez, entrando después para hacer retirar de su línea las tropas que la cubrían, desarmando á unos soldados, haciendo que otros voltearan las piezas que defendían la entrada de la *Cruz*, dando órdenes á nombre del Emperador y conduciendo á los republicanos desde la línea de defensa hasta el convento de San Francisco, situado en medio de la ciudad: entregó la plaza á los sitiadores y coronó la obra del general Márquez.

A la hora de la aurora, puesto que entraba en el plan de esta traición el pensamiento estúpido de que permaneciera en secreto, se hizo saber al Emperador que el enemigo había penetrado en el cuartel general, y con esta intención se le dejó pasar en medio de los soldados republicanos y llegar al *Cerro de las Campanas*. Estando Miramón por casualidad en la calle, y viéndose repentinamente en medio de los enemigos, se defendió con arrojo y recibió una herida en la mejilla (a). Las noticias de la traición de López,

(a) Serían las seis de la mañana, cuando Miramón, en camino al Convento de la Cruz, donde creía hallar á Maximiliano, dió de frente con un piquete de tropa republicana, entre cuyo jefe y él se tirotearon á quema ropa con

de la herida del general comandante de infantería y de la ocupación del centro de la plaza por el enemigo, del cerco de las líneas de defensa sobre su frente y su retaguardia, se esparcieron rápidamente; todas estas noticias tan graves como inesperadas produjeron un desorden, una con-

---

sus pistolas. Miramón salió herido en la mejilla derecha, y á su ayudante Ordóñez se le creyó muerto.

Miramón, restañándose con su pañuelo la herida, entró en la casa del doctor Vicente Licea, quien despertó preguntándole:

—¿Qué ha pasado, señor? ¿En qué puedo ser útil á usted?

Miramón, sin poder articular palabra, ocupó la cama del doctor. A poco dijo:

—Estoy herido: hágame usted el favor de extraerme una bala que tengo en la mejilla.

El proyectil, pequeño, se había incrustado en la mandíbula: entró y salió, astillando ligeramente el hueso maxilar. Al practicarse un reconocimiento en la herida, la pinza y el esfuerzo hecho por el doctor, para desprender la esquirla, produjeron dolor intenso al general, que suplicó ya no se la extrajera.

Después un oficial de apellido Segura, al frente de una escolta, penetró en la casa á catearla. Se acercó á la cama del enfermo, le preguntó quién era y contestó impasible:

—El general Miguel Miramón.

Al doctor Licea se le acusa de ser el delator de Miramón.

Un mexicano imperial, emigrado en la Habana, refirió, el mes de diciembre de 1867, esto:

"Herido Miramón, dijo que le buscaran á un médico para que le extrajese la bala de la cara, que restañase la sangre y curase, para ponerse á la cabeza de algún regimiento fiel y salirse rompiendo las filas enemigas, llevando consigo á S. M. La herida no era grave, pero producía una hemo-

fusión y una desanimación indescriptibles. En medio del fuego de los soldados imperiales, que inhumanamente eran asesinados en las calles, de las demostraciones victoriosas del enemigo y de la dispersión de los sitiados, desapareció y fué anonadado el pequeño cuerpo de tropas que du-

---

rragia considerable; y para contenerla se solicitó médico. Fué Licea, pero en vez de contener la hemorragia y extraer violentamente la bala, dilató la operación y mandó llamar á Escobedo para entregar á Miramón. Entre tanto, del bolsillo de la levita de este héroe extrajo la cartera, en la que había seis onzas de oro; se las guardó, y entregó á Escobedo la cartera con los papeles. Este, á pesar de ser quien es, se indignó por hecho tan indigno y tan feo, y devolvió á Miramón su cartera, diciéndole:

—General, aquí tiene usted su cartera; le aseguro bajo palabra de honor que no he leído sus papeles.

—Puede usted leerlos—contestó Miramón:—son papeles de familia y apuntes míos que no contienen secretos; pero por el peso conozco que faltan seis onzas, que dentro había.

—Debe haberlas cogido Licea—dijo Escobedo—porque tenía oro en la mano cuando me entregó la cartera: voy á hacer que las devuelva.

—No—replicó Miramón—si él las tiene, que las guarde *en pago de lo que ha hecho conmigo.*

Vino á México Licea; supo que el Almirante austriaco estaba recogiendo las prendas que habían pertenecido á nuestro Soberano, y le pidió quince mil pesos por las que él tenía. El Almirante contestó:

—Que me forme una lista de los objetos que sean y del precio en que los venda, y me la mande firmada.

La formó y remitió Licea, y con ella el Almirante se presentó al Gobierno, quien mandó entregar las prendas y poner preso y procesar, como ladrón, á Licea." [*Nota de A. P.*]

rante setenta días había defendido con heroismo una plaza, que no pudo tomarse, sino por la traición: algunos instantes después, estaban prisioneros el Emperador y la mayor parte de su ejército. Los generales, jefes y oficiales que no estaban en las líneas, dormían en sus alojamientos, en donde fueron despertados por el enemigo. Todo había terminado el 15 de mayo, á las ocho de la mañana. Sin embargo, en esta ocasión no hubo ejército victorioso: el triunfo deja de merecer este nombre, cuando no se conquista por medio de las armas, sino que se compra á precio de oro. En cambio, existía destronado un noble Soberano, y millares de prisioneros se hallaban bajo el poder de sus enemigos.

Para que fuese más odioso este desenlace trágico, intervinieron en él la traición, la defección y la negra ingratitud; la laboriosa intriga del general Márquez fué concluida, no sólo por el traidor López, sino también por el tránsfuga Velez, á quien entregó aquél la plaza en las primeras horas de la madrugada del día 15. Habia pertenecido Vélez al ejército imperial; fué uno de los generales nombrados para recibir á Maximiliano cuando entró en México. El Emperador le invitó á comer una vez en su compañía, y el tránsfuga, en una época en que la más leve irregularidad en la carrera militar hacía perder la más brillante posición, recibió del Imperio el favor de que se le reconociera como general, siendo público y notorio que habiendo ingresado en el ejército con el grado de capitán, no tenía el despacho de

comandante, y mucho menos el de teniente coronel. A estas distinciones que realmente no merecía, correspondió pasándose al campo republicano, al ver claramente que el Imperio se desquiciaba, procurando desempeñar el principal papel en la venta de Querétaro.

Mas no es esto todo. La plaza que la traición hizo sucumbir, debió ser sagrada para Vélez, sólo porque allí estaba Miramón, su mejor amigo, su bienhechor, el que le había dado una carrera, el que le había elevado á una altura que nunca ocupará de nuevo. La protección que el Emperador dispensó al traidor López, y que tanto agrava su infame conducta, es muy insignificante si se compara con la que Miramón acordó á Vélez; y, sin embargo, este hombre debía arrastrar al suplicio al ilustre general, cuya única falta consistió en haber favorecido á un ser indigno de su bondad. ¡Tal fué la obra, tales los medios que se emplearon para realizarla! (1)

(1) En marzo de 1847, cuando los norteamericanos atacaron la plaza de Veracruz, la bandera del baluarte de Santa Bárbara cayó repetidas veces por los proyectiles, y otras tantas fué izada gracias á dos héroes: el capitán de marina Sebastián Holzinger y un niño, de doce años de edad, subteniente de la Guardia Nacional de Orizaba. Llegó vez en que éste último, derribada la bandera, la levantase y sostuviera con el brazo tendido, frente á las baterías enemigas, mientras se traía una asta en que volver á izarla. La facción del subteniente Sebastián Hernández, su antecesora en el punto, duró veinticuatro horas y dejó muerta una tercera parte de su fuerza. La facción del niño duró cuarenta y ocho horas y no quedaron vivos mas que el ca-

Poco tiempo después de haber caído prisionero Maximiliano, supo lo que antes ignoraba, es decir, los principales hechos de la conducta del general Márquez. Entonces declaró solemnemente al Embajador de Austria en México y á otros ministros extranjeros, que este general era

---

pitán, dos sargentos, un soldado y él. En este lugar una recia y continua lluvia de balas sembraba la muerte. No había heridos.

Así que todo pareció perdido, el niño se apoderó de la bandera y la guardó en su seno. Después los prisioneros desfilaron ante el general Winfield Scott, para recuperar su libertad. Cuando el niño pasó, se le detuvo y pidió que entregase la bandera.

—La entregaré sólamente con mi vida,—dijo tocándose el pecho.

El general Scott, después de esta respuesta, peroró á su Estado Mayor, y se le ordenó al niño que continuara su marcha. Habíase alejado como cincuenta metros, cuando se le mandó llamar para preguntarle sí tenía recursos. Manifestó que ninguno; entonces el general Scott quiso darle un puñado de onzas de oro, las cuales rehusó diciendo:

—Yo no puedo recibir nada de los que vienen á desgarrar á mi patria.

El general Scott, conmovido profundamente, hizo un cariño al prisionerito y con su media lengua dióle á entender que siguiera su camino.

Después este mismo niño fué cogido prisionero en el desastre de Cerro Gordo. Tres días y tres noches permaneció encerrado y olvidado en un cuartucho de un caserón que ocupaban fuerzas norteamericanas. Por más que llamó á la puerta durante este tiempo, nadie de los enemigos se acordó de él, quien, casi sin alientos, pegaba la lengua en el piso húmedo, para apagar su sed, sin encontrar consuelo. Por fin, un día le abrió la prisión un soldado enemigo

el principal traidor, lo que el Barón de Lago comunicó oficialmente á su gobierno en su nota de 25 de junio de 1867, que á la letra dice: "*Por otra parte, Su Majestad el Emperador había señalado á mí y á mis colegas, al general Márquez como el mayor traidor*, quien, después de su sali-

---

y haciéndole señas, por no hablar jota de castellano, dióle á entender que iba á ser pasado por las armas, y le condujo, indicándole que guardase silencio, á una caballeriza. Allí metió al niño en un costal, entre desperdicios de pasturas y estiércol, para ocultarle de la vista de la guardia, y luego se echó el bulto en hombros y salió hacia un muladar, donde vaciado el costal, surgió el prisionero y quedó salvo y libre.

Este valiente de tan cortos años se llama Francisco A. Vélez, nacido en Jalapa el 24 de julio de 1835, quien no había aprendido mas que este consejo, de los propios labios de su tierna madre: Pancho, hijo mío, no olvides nunca esto que te digo: el que de ti se fíe, no lo engañes.

Transcurrido tiempo y andando en la carrera de las armas, vertió su sangre en Ahualulco, por dar la victoria, ese día, como cuelga, al general Miguel Miramón.

Esa victoria debióse á la ciencia militar y el valor del general Leonardo Márquez, quien hizo ver á Miramón, que hasta rehusaba el ataque, que podía invertírsele la posición al enemigo.

La bala que en esa batalla hirió al general Vélez, permanece todavía alojada en su cuerpo.

Cierta vez, caminando entre los dos grandes volcanes de Puebla, en compañía de Miramón y de Joaquín Casarín, les aprehendió Juan Ruiz, guerrillero de Chalco y defensor del gobierno. Vélez salvó á sus compañeros gracias á su sangre fría. Esa vez se le puso el apellido de Muñoz á Miramón y pasó por subteniente.

En la mañana que amaneció Puebla pronunciada por el

da de Querétaro, había obrado en un sentido enteramente opuesto á las instrucciones que había recibido del Emperador, quien me manifestó que el general Márquez no tenía autorización para dirigirse sobre Puebla, y que, al contrario, había recibido órdenes terminantes para regresar á

---

movimiento reaccionario que acaudilló el general Orihuela, salieron del cuartel de San José, con el objeto de sofocar dicho pronunciamiento, dos regimientos compuestos cada uno de cuatrocientos hombres, siendo el 2 que mandaba el general coronel Cayetano Montero, en cuyo regimiento servía el general Ignacio M. Escudero, como teniente, y el regimiento Lanceros de México, que mandaba el coronel Domingo Sotomayor, y en el que servía como segundo ayudante el coronel Isidro Reyes.

Esos regimientos, que, en el desempeño de su comisión, llegaron hasta la esquina de la calle de Mercaderes, fueron dispersados por un metrallazo que á quema ropa disparó con una sola pieza que tenía en la esquina de Mercaderes el general Francisco A. Vélez, que era entonces jefe de la división de artillería.

En verdad esta victoria la debió Miramón á Vélez.

El 11 de Abril de 1859, su acometida dió la victoria á Márquez. En un momento de indecisión, en lo más recio de la lucha, Márquez le dijo, indicando un callejón por donde se ganaba la posición culminante del enemigo:

—Ahora, Panchito.

Después de la victoria, Vélez se acercó á Márquez, y le suplicó que concediera la vida á los prisioneros.

—¿Y usted quién es—le replicó despóticamente Márquez—para venir á pedirme la vida de ellos?

—Señor, soy el Panchito de esta mañana.

Refiere el general Vélez que en seguida los vió ya muertos. Estaban en fila los cadáveres. El primero era el de Lazcano.

Querétaro con la guarnición de México y el dinero que estaba depositado en esa capital, con el objeto de presentar al principal ejército de los liberales una batalla decisiva, cuyo éxito no podía ser dudoso.

"Después de haber esperado, aunque en vano, la vuelta del general Márquez, y después de ha-

---

—Me parece que lo estoy viendo—cuenta el general Vélez—tenía un pantalón ajustado con una cenefa. ¡Aquello me causó horror!

El 26 de enero de 1867, abandonando á su esposa con tres chiquitines, en una casita de por San Cosme, salió de México, acompañado de su sirviente Ignacio, y pernoctó en Tlálpam. El general O'Horan le recibió con los brazos abiertos é hizo que remudase caballo el sirviente.

El 2 de febrero recibió en Huixquilucan una carta de Riva Palacio. El 10, otra, en que le llamaba á Toluca.

El 7 batió á Tabera en las Cruces y obtuvo el triunfo con indios que él había hecho soldados.

El 12 llegó á Toluca y se encargó del mando de la división de la infantería: Cazadores, 1º, 2º y 3º Ligeros y Cazadores de la Montaña. El resto de ese mes estuvo enfermo.

El 16 de marzo salió rumbo al sitio de Querétaro y llegó con su fuerza el 22.

El 24 atacó á Casa Blanca por orden del general Corona, y fué rechazado, perdiendo 800 hombres.

En mayo 15 tomó la Cruz, y el 25 vino á México con 300 caballos y ocho piezas de batalla.

El 30 llegó al cuartel general, en Tacubaya.

Entró en México el 21.

Sus notas salientes de soldado han sido siempre: valor y humanidad.

Sus valimientos notorios han hecho que ocupe altos puestos públicos, en que nunca se le ha dejado de querer.

Alguna vez, compelido por nuestros ruegos, nos ha dicho

ber combatido felizmente con un ejército seis veces más numeroso, tomaron la resolución de abandonar la ciudad de Querétaro, y dirigirse sobre México. Debían partir en la madrugada del 15; mas á las tres de la mañana, el traidor López, protegido hasta entonces del Emperador, y comandante del convento fortificado de la Cruz, introdujo al enemigo por este punto, que completamente domina á Querétaro."

El Emperador dijo al abogado Riva Palacio, uno de sus defensores, y notabilidad respetable entre los liberales, y á todas las personas que lo visitaban en su prisión: "*No soy vengativo; debo los males que me agobian á Márquez y á López: Dios los juzgará*" (1). Otras veces exclamaba: "*Yo perdonaré á López antes que á Márquez.*"

Y sin embargo, el desgraciado Maximiliano ignoró los actos más infames de la traición.

—Yo no he matado, ni he sido cruel, ni me he vengado de nadie, ni me he cogido nada.

En efecto, tiene por testimonio los hechos.

Este es el hombre en quien se ocupa Arellano. [*Nota de A. P.*]

---

(1) Debemos hacer constar, en reivindicación del coronel Miguel López, que los Lics. Eulalio María Ortega, Jesús María Vázquez, Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, defensores de Maximiliano, no hacen la menor mención, en sus defensas, de aquel militar y su traición. Y téngase presente que estos jurisconsultos notables por su saber acudieron á todos los medios posibles para salvar á su defenso. ¡Es muy extraño este silencio absoluto acerca de un hecho de tanta trascendencia para la salvación del Emperador! [*Nota de A. P.*]

XIX.

Arellano se escapa de los republicanos.—Ejecución de Méndez.—Arellano ofrece sus servicios á Maximiliano.—Se dirige á México.—Entra en Tacubaya.—Evade el rigor del sitio de la capital y entra en ella.—Confirma las falsas noticias dadas por Márquez respecto de la próxima llegada del Emperador á la Capital.—Marquez no ignoraba los acontecimientos de Querétaro.—Conducta de este general durante el sitio de la Capital.—Se desembaraza de los Ministros Vidaurri y Portilla.—Dispone de 150,000 pesos que Vidaurri enviaba al Emperador.—Increible extremo de su venganza contra Miramón.—Prodiga grados y condecoraciones.—Conferencia de Márquez y Arellano la noche del 14 de junio.—Estratagema empleada para dar valor al ejército y al pueblo.—Sensación pública.—Ultimos deseos de Márquez.—Fusilamientos en Querétaro.—La venganza satisfecha de Márquez pone fin á la penosa situación de la Capital.

Después de haber permanecido al lado del Emperador hasta las once de la noche del día 14 de mayo, tratando de la suspensión del movimiento dispuesto para hacer un esfuerzo decisivo que pondría término á la crítica situación de las tropas imperiales, Arellano se ocupó en varios negocios de Maximiliano y Miramón, negocios que debió haber tratado por escrito hasta las cuatro